

nuevamente en la corona de la república cristiana. Por esas aulas ha vuelto a discurrir el sano aliento de la filosofía cristiana, el aura vital del inmutable Aristóteles aplicada por el genio de Aquino a todo el sistema del cristianismo.”

Grande y abrumadora es la personalidad de Monseñor Carrasquilla. Considéresele ya como orador sagrado y escritor castizo, ya como filósofo y teólogo, ya como maestro de juventudes y sacerdote del Señor: en todos estos aspectos domina y deja huella imperecedera a la posteridad.

Es de elemental justicia, por lo tanto, recordar y admirar en esta fecha centenaria a quien ocupa un puesto destacado en la historia como gran figura de la literatura colombiana y del mundo hispánico. Al igual que el pasado centenario de Marco Fidel Suárez, el de Carrasquilla podría resultar de proporciones gigantescas y de resonancia no sólo nacional sino también extranjera.

Y a este propósito ocurre lo siguiente: año tras año se va haciendo necesaria la edición completa de las obras de Monseñor Carrasquilla. Este deseo, expresado repetidas veces por eminentes voceros de la cultura nacional, ciertamente no podría tener mejor oportunidad que esta efemérides, en la que, al mismo tiempo que se rinde un justo homenaje a Carrasquilla, se lleva a efecto la noble ambición de sus entusiastas admiradores. A sólo 27 años de su fallecimiento, aún es tiempo de recoger sus escritos, esparcidos en antologías, periódicos y revistas.

Y el llamado a esta labor patriótica y cultural no puede ser otro que el Instituto Caro y Cuervo, joven aún, pero de larga experiencia en estas publicaciones. Al estilo, pues, de las obras de Cuervo, esperamos tener para esta fecha jubilar los escritos completos de Monseñor Carrasquilla. Este será, sin duda alguna, el mejor homenaje de Colombia a uno de sus hijos más preclaros y una de las máximas figuras de las letras patrias.

(Tomado de la Revista *Virtud y Letras*, diciembre de 1957).

Mons. Rafael María Carrasquilla

Por CARLOS DELGADO FERNANDEZ

Si de José Eusebio Caro pudo decirse que su obra más gloriosa fue sin duda alguna su hijo Miguel Antonio, “el colombiano que más vivamente ha dejado marcada la impresión del genio”, tal afirmación tiene también un exacto cumplimiento en el caso que nos ocupa, Rafael María Carrasquilla, quien pudo decir de su ilustre padre que “le debí mi educación desde que tuve la primera percepción en la cuna, hasta los tres primeros años de mi sacerdocio”.

Hijo del poeta y escritor Ricardo Carrasquilla de origen caucano y de doña Emilia de Carrasquilla, hija del prócer de la independencia José M. Ortega, vio la luz en Bogotá el 18 de diciembre de 1857. En el templo de su hogar reconocido como uno de los “más ilustres del pasado siglo” aprendió las primeras letras y las básicas nociones de una formación espiritual infundida por su preclaro padre, educador famoso, con un cuidado de mil días.

Sin exageración pudo decir, sobre la obra de su padre en su mente y en su corazón con satisfacción profunda, que “hasta los tres últimos años de su vida sobre la tierra le debí mi formación, tuvo decisiva autoridad sobre mí. Me inspiró para con él un amor tal, que no creo que quepa en el corazón afecto natural más intenso y vivo; se ganó mi más absoluta y ciega confianza, hasta el punto de confiarle mis propias faltas; se hizo mi amigo íntimo irremplazable y después no reemplazado. No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé a estudiar en aquella época sino las materias más elementales. Y sin embargo, sin darme clases ni señalarme lecciones ni tareas, ni hacerme leer por mi cuenta libro alguno, cuando llegué al seminario, me admitieron directamente con lo que sabía a los cursos de teología sagrada”.

Hasta allí sus propias palabras, con las cuales como bien lo apunta uno de sus biógrafos trazó por una parte el más bello documento de su formación espiritual y por otra el más elocuente panegírico de su insigne progenitor.

De tal maestro que le enseña todo sin darle una sola lección debía salir tan glorioso discípulo, llamado con razón por sus contemporáneos el “doctor angélico colombiano”. Obra maravillosa la realizada por don Ricardo, quien supo implantar en el espíritu de su hijo los decisivos hábitos interiores que habría de marcar para siempre la estela y la parábola luminosa de su existencia, de su personalidad inconfundible y única y de su carácter marcado con el sello de la grandeza.

En el año de 1881 ingresó al seminario de esta arquidiócesis, donde desde los primeros días mostróse ante maestros y condiscípulos como hombre de elevados talentos y amante de recias disciplinas, admirador de las grandes edades de Grecia, Roma y España, moldes eternos propios para los grandes de espíritu, predestinados a realizar obras perennes. Así llegó el año de 1883, en el cual fue ordenado sacerdote por Monseñor Bermúdez, obispo de Popayán. Al año siguiente sus superiores conocedores de sus elevadas capacidades nombraronle prefecto general del seminario, cargo del cual fue ascendido a vicerrector dos años después. En el barrio Egipto de esta ciudad ejerció el sagrado ministerio como cura párroco, cargo desde el cual realizó una fecunda labor espiritual en contacto continuo con las sencillas almas de los fieles a su cuidado encomendados. Poco después pasó a desempeñar un elevado cargo en la catedral hasta el año de 1890.

En esos años sus múltiples talentos se hicieron patentes ante propios y extraños, pues las más importantes revistas, periódicos y publicaciones de diversa índole se engalanaron con sus escritos, marcados siempre con el sello de la profundidad, de la elegancia y la severidad, siempre de una única forma que los hacía inconfundibles. Su talento aparecía como un diamante de múltiples facetas luminosas.

En ese año de 1890 vino por decirlo así, el comienzo de una nueva y compleja etapa de su vida y obra, al haber sido designado por decreto de 11 de diciembre rector del Rosario, “el más glorioso y secular de los colegios de América”.

Fue allí sin duda en aquel “santuario del pensamiento nacional” en donde Carrasquilla realizó su más importante obra, puesto que al entregarse de lleno a la dirección de las juventudes estudiosas de

Colombia educó para la libertad y para el pensamiento toda una generación procerca. Los Pombos, los Cuervos y los Ancízares para no citar sino tres ejemplos, fueron adalides del espíritu que escribieron para la gloria de la patria las mejores páginas de historia. No podía ser de otra manera, pues en esos claustros venerandos resonaron los acentos humanos de Caldas, Torres y Tadeo Lozano, de Atanasio Girardot, Rodríguez, Torices y Fernández Madrid, órganos todos de funciones gloriosas y fecundas, revolucionarios de la voluntad, caballeros del espíritu.

Una transformación vasta en todos los órdenes se inició con la llegada de Monseñor Carrasquilla al Instituto. La auténtica fisonomía que había querido infundirle su sabio fundador Fray Cristóbal de Torres volvió a hacerse patente, a convertirse en una atmósfera vital en un ambiente fecundo. Por ley 89 de 1892 fue reconocida la autonomía del colegio y puesto en vigencia el sabio código que había elaborado el ínclito fundador. Sobre las sienes del maestro comenzaron a hacerse patentes las coronas inmarcesibles, los laureles de diversos triunfos: la nación por intermedio del ilustre Miguel Antonio Caro nombróle ministro de Estado, y el inmortal León XIII conferiale el título de doctor en Sagrada Teología. Creó la facultad de filosofía y letras que llegó a ser la más famosa del país, la de jurisprudencia cuyos frutos no se hicieron esperar, la fundación de la *Revista del Colegio*. El Pontífice Benedicto XV nombrábale Prelado Doméstico de Su Santidad con derecho al título de Monseñor.

Llegó a ser una de las más grandes autoridades del saber, el que supo infundir en las multitudes de jóvenes que se formaron a su sombra. No fue un devorador de publicaciones sino un metódico autodidacta creado en un medio tradicionalista. Seguidor fervoroso de León XIII, se propuso como el Cardenal Mercier conciliar la fe con la razón. Como teólogo moralista fue seguir de Francisco de Sales y Alfonso de Liguorio, en aquello de entrar a definir las difíciles cuestiones sobre la línea precisa de las responsabilidades humanas.

Con el contingente sobrio y severo de los auténticos ministros de Jesucristo, supo descollar sin vana ostentación en diversos ramos del saber humano. Historiador y literato, orador émulo de Bossuet, teólogo profundo, filósofo y moralista, su dialéctica serena y convincente le mereció grande fama no sólo en el país sino entre los más cultos países de América y Europa. Superfluo como lo dicen sus más



autorizados biógrafos sería insistir en que sus ideas fueron esencialmente conservadoras.

Dentro de los límites del dogma católico irreductiblemente intransigente, donde el dogma no intervenía rigurosamente amplio. Esta es la explicación del incondicional aprecio de que supo gozar de parte de eminentes hombres de la izquierda.

Preciso se hace hoy que se cumple el primer centenario de su nacimiento evocar su memoria y su carácter para rendirle un homenaje en espíritu y en verdad. De lo profundo de los espíritus, tanto de los que él modeló para gloria de la patria como de los que se han nutrido de sus enseñanzas escritas en obras perdurables, surge su nombre como sinónimo de gloria y expresión de grandeza perenne. Colombia y de manera especial la ilustre ciudad de sus mayores donde vio la luz repiten hoy con orgullo y satisfacción la confesión de sentirse sus deudores espirituales. Baste decir que fue él un bogotano por la sangre en quien se sintetizó la caballeridad y el continente digno de los colonos castellanos que hicieron de Santa Fe la capital del Reino, apellidada por el mundo culto la Atenas Suramericana, calificación mil veces merecida si supo dar varones tan grandes como Carrasquilla.

(Tomado de *La República*, diciembre 18 de 1957).

Mons. Carrasquilla

Gloria de la Patria y de la Iglesia

Por G. JARAMILLO BARRIENTOS

Celebramos en estos días dos centenarios: el del nacimiento de Monseñor Rafael María Carrasquilla, bogotano, pedagogo, estilista y orador, y el del nacimiento de don Tomás Carrasquilla, antioqueño, novelista, cuentista. Uno y otro maestros en el bien decir.

Da verdadero temor escribir sobre Monseñor Carrasquilla, porque se tiene la seguridad por quien no es experto en letras de no lograr la altura necesaria.

Pero es un obligante deber recordar a los unos y hacer saber a los otros que hoy 18 de este mes y de este año que va terminando se cumple el centenario de haber nacido en la capital del país el ilustre rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario.

Hace pocos días que Juan Lozano y Lozano pronunció en la Academia Colombiana de la Lengua una oración, que es sin duda el fruto más sazonado de su obra. Se refería al maestro, y de allí copio esta síntesis biográfica: "...él como el filósofo de Francia cuya doctrina combatió ásperamente, amaba el reposo en las cosas y la intranquilidad en el espíritu. Nacido de hogar pobre y patricio, hijo de un institutor y filósofo que sin embargo tenía ingenio, a los veinticinco años lo vemos todavía en gallardo dagerrotipo, vestido a la manera de los elegantes de entonces. Adoctrinado por su padre en exigentes disciplinas humanísticas, y colaborador con él en labores docentes, entró luego al seminario. Contribuía en tanto a la prensa católica y a instituciones de adelantamiento cultural; y cuando fue ordenado sacerdote de Cristo, ya la fama de su virtud y de su mérito era extensa y sentida. Pronto fue párroco de la catedral de Bogotá, y desde su cátedra eminentísima dijo oraciones gratulatorias y sermones dignos